

eL esfuerzo silenciado

purificaciónN pinedA

Vivimos una época complicada, un tiempo de incertidumbre, sí, todos podemos estar de acuerdo con esta afirmación, pero quizá el sentido que yo le doy no sea el que la mayoría está pensando ahora. Es cierto que tenemos grandes dificultades económicas, pero no es menos cierto que el estado de bienestar que tenemos hoy es muy superior al de hace cincuenta o sesenta años: y entonces nadie pensaba que se estuviera en un momento de incertidumbre. Esto sucede porque en la actualidad, la crisis económica que atenaza a muchas familias y a muchos países viene, desde mi punto de vista, causada por una pérdida de valores tan generalizada y tan extendida que abarca desde las relaciones interpersonales más básicas hasta la gestión de las empresas y de las finanzas.

Me explico. En las últimas décadas hemos vivido una espiral de cada vez más riqueza y bienestar que nos ha hecho creer merecedores de todas las facilidades pero eso sí, sin ningún esfuerzo por nuestra parte. Nuestros padres vivieron en la cultura del esfuerzo, luchando por cada derecho y por cada mejora que se producía en sus vidas. Las posesiones materiales tenían la importancia que tenían en relación al servicio que nos prestaban: la vivienda era el hogar, el coche el medio de transporte, el menaje de la casa lo necesario para el desempeño de la vida cotidiana y así con todo lo que poseían. Sus vidas prosperaron y no quisieron que nosotros, sus hijos, pasáramos por las mismas dificultades que ellos. Por esa razón nos colmaron de atenciones y de regalos sin transmitirnos las dificultades que hay que pasar para conseguir las cosas y, por lo tanto, su verdadero valor. Todos nos hemos acostumbrado, desde pequeños, a conseguir lo que deseamos y, en la mayoría de los casos, con suma facilidad.

Esto, sin pretenderlo ellos, nos ha ocasionado un desprecio absoluto por la cultura del esfuerzo: preferimos ser famosos, futbolistas, figurantes de programas de televisión que nos proporcionen unos ingresos fáciles y rápidos antes que formarnos y tener una profesión digna con la que obtener ingresos. Nos hemos acostumbrado a cambiar de coche, de ropa, de zapatos, de útiles de informática, de teléfono móvil, etc, con una frecuencia que no viene justificada por la necesidad sino por el mero hecho de consumir. Y lo que es peor, hemos trasladado ese patrón a las relaciones interpersonales. Es difícil ver que una amistad, una relación amorosa o cualquier otro tipo de relación se mantenga en el tiempo. Las personas, como el último iphone, no son más que otro elemento con el que rellenar nuestras vidas hasta que nos aburrimos y encontramos otra más entretenida o que nos satisfaga más.

Esa «utilización» de las personas es generalizada, pero tiene quizá su manifestación más cruel en las relaciones de pareja, fundamentalmente entre adolescentes. Si nos retrotraemos a veinte años atrás, encontramos una sociedad profundamente machista en la que las mujeres luchaban por liberarse de los roles de género y encontrar el sitio que les correspondía en la sociedad. La mujer, y fundamentalmente la mujer joven, comenzaba a escapar de las redes del varón haciéndole saber cuál era el lugar que reclamaba y el trato digno al que tenía derecho como persona. Los celos en la pareja se entendían como un hecho negativo y la mujer tendía a evitar la sensación de posesión que muchos hombres creían tener sobre ellas.

Hoy en día, sin embargo, sorprende ver cómo se ha dado un enorme paso atrás en estas cuestiones. El adolescente siente a la mujer como una propiedad y como tal la trata. Es habitual ver cómo se controlan las ropas, las formas de maquillaje o de peinado, las amistades, las salidas, los teléfonos móviles, las cuentas de correo electrónico, los perfiles en redes sociales, etc. Es también usual que las jóvenes ofrezcan contraseñas de sus cuentas y perfiles o de sus teléfonos móviles como pruebas de amor a su pareja. Y que justifiquen todos estos controles sobre sus vidas como verdaderos indicios del amor de sus «novios». Es decir, volvemos a justificar los celos y la necesidad de posesión sobre las mujeres como antes de los movimientos de liberación femeninos.



Foto: Julie Delabarre

Y no son estos hechos aislados. Sorprende, o al menos a mí me sorprende, ver qué tipo de series de ficción o películas se dirige al público adolescente. Es frecuente encontrarnos con series que se desarrollan en centros escolares, por tanto, dirigidas a público de esas edades, en las que se reproduce de la forma más radical el estereotipo de género basado en el sometimiento de la mujer al hombre. Todas las chicas «populares» son aquellas que tienen relaciones con un macho dominante que las protege y las domina. Volvemos al rol de la mujer sumisa frente al hombre fuerte y decidido que también marca el camino que debe seguir la mujer. Ese es el tipo de relaciones en el que estamos educando a nuestros jóvenes. Hemos vuelto al pasado en este sentido.

Lo verdaderamente preocupante es que las adolescentes han aprendido a reconocer este patrón como la «normalidad» dentro de una relación y, de tanto justificarlo, hemos caído en un fenómeno no visto con anterioridad: los malos tratos de pareja entre adolescentes. Son cada vez más las jóvenes que aún no han salido del colegio y ya están viviendo situaciones de violencia a manos de sus parejas. Y lo peor es que, además de la dificultad para detectar estos comportamientos, ellas mismas justifican a sus agresores, con lo que el trabajo de reeducación en qué es una relación de pareja saludable se hace muy complicado.

Las adolescentes son, desde este punto de vista, una posesión más en manos de sus parejas, un objeto que se posee, que se utiliza y del que deshacerse cuando ya no les satisfaga.

Es necesario que todos reflexionemos sobre qué valores estamos transmitiendo en nuestras sociedades, aunque no lo parezca, todo está relacionado. La cultura del esfuerzo, de la superación, de la paciencia, de la recompensa al trabajo, todo está relacionado con el respeto al ser humano, al semejante, al prójimo y, por supuesto, esto incide directamente en la forma en que hombres y mujeres nos relacionamos. Si hay respeto al otro, podremos construir relaciones basadas en ese respeto y en la igualdad. Si no lo hay, construiremos relaciones basadas en la desigualdad y el predominio del más fuerte.

Todos somos responsables de lo que está sucediendo y en las manos de todos está la solución. Si entre todos conseguimos recuperar los valores de respeto, tolerancia, esfuerzo, trabajo y dignidad conseguiremos recuperarnos en todos los sentidos, conseguiremos ser más felices, pero a la vez conseguiremos salir de esta situación de crisis económica. En nuestras manos está que esta crisis sea lo que etimológicamente es: la oportunidad para construir una sociedad mejor, basada en valores que dignifican al ser humano.

Purificación Pineda es Dra. en Filología Clásica